

GENTE DE HITLER

LOS ROSTROS DEL TERCER REICH



RICHARD J. EVANS

CRÍTICA

RICHARD J. EVANS

GENTE DE HITLER

Los rostros del Tercer Reich

Traducción castellana de
Gonzalo García

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: noviembre de 2024

Gente de Hitler. Los rostros del Tercer Reich
Richard J. Evans

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Hitler's People. The Faces of the Third Reich*

© © Richard J. Evans, 2024

© de la traducción, Gonzalo García, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-698-9
Depósito legal: B. 15.909-2024
Impresión y encuadernación: Unigraf
Printed in Spain - Impreso en España



El dictador: Adolf Hitler

I

Durante sus primeros treinta años de vida, Adolf Hitler fue un don nadie. Nació en Braunau, Austria, el 20 de abril de 1889, en circunstancias oscuras. Era hijo de un funcionario civil austríaco que no destacaba en el escalafón. La ausencia de información se ha completado mediante conjeturas que, en su mayoría, no están respaldadas por pruebas fiables; a menudo esas conjeturas responden a un erróneo afán por explicar su carrera posterior recurriendo a una patología individual, una supuesta desviación arraigada en las experiencias de sus primeros años.¹ Tampoco podemos fiarnos de la versión que el propio Hitler da en su tratado político y autobiográfico *Mein Kampf*: en contra de lo que aquí sugiere, no creció en condiciones de pobreza; tampoco parece que su padre Alois fuera alcohólico. Sin embargo, al parecer el padre recurría a los castigos corporales más de lo que era habitual en el Austria de finales del siglo XIX y no cabe duda de que, cuando Hitler afirmó que temía a su padre más de lo que lo amaba, estaba diciendo la verdad.² No ocurre lo mismo en lo relativo al apoyo paterno al deseo filial de ser un artista: en contra de lo que se da a entender en *Mein Kampf*, Alois lo respaldó: en 1900 reconoció su talento para el dibujo y lo inscribió no en el instituto de Humanidades que le habría permitido acceder a una carrera profesional cualificada, sino en una escuela técnica superior (*Realschule*).³ El joven Hitler, que llamó la atención por su carácter indisciplinado, dedicaba gran parte de su tiempo a dibujar y pintar; pero en 1907, cuando solicitó

ingresar en la Academia de Bellas Artes de Viena, se lo rechazó al considerar que no sabía dibujar bien una cabeza humana. El director le recomendó estudiar Arquitectura, pero Hitler carecía de la formación académica necesaria. En cualquier caso en esta fase seguía considerándose, antes que nada, un artista.⁴

En estas fechas Hitler había perdido tanto al padre, en 1903, como a la madre, con quien sentía mucha más proximidad, en 1907. En 1908 se mudó a Viena, donde pasó los cinco años siguientes. Vivía de la herencia de la madre, una pensión de orfandad y la ayuda de la familia extensa y no creyó necesario trabajar. Se limitó a malgastar el tiempo con dibujos y esbozos, o leyendo —en especial las leyendas germánicas, además de los relatos que Karl May ambientaba en el Salvaje Oeste, con su curiosa atmósfera de fatalidad, decadencia y redención por medios violentos— y yendo a la ópera; su preferencia eran los dramas musicales de Richard Wagner, basados en gran medida en mitos y sagas medievales de heroísmo caballeresco, amor y muerte. Aunque más adelante afirmó que era adepto de un político austríaco antisemita y de un nacionalismo extremo, Georg Ritter von Schönerer, hay que ser escéptico al respecto. En *Mein Kampf* también sostuvo que en Viena desarrolló un antisemitismo radical, pero esta idea la desmiente el hecho de que, en los años que pasó en esa ciudad, mantuvo buenas relaciones con diversos judíos.⁵ En realidad no hay pruebas fiables de que en esa época odiara a los judíos o tuviera interés por la política. El mejor amigo de Hitler en la adolescencia —August Kubizek, un estudiante de música que se formó como violinista profesional y director de teatro— nos legó una impresión vívida de su carácter. En su recuerdo era una persona apasionada, enérgica, elocuente, que se complacía en hablar sobre una multitud de temas; aunque no le gustaba tener interlocutores, sino oyentes. Los dos adolescentes trabaron amistad porque asistían con regularidad a la ópera de Linz y durante un tiempo se alojaron juntos. Hitler era un joven serio, según rememoró Kubizek, con poco sentido del humor pero afición a burlarse de las personas que conocía. Solía reservarse los sentimientos más personales; según Kubizek, se enamoró de una chica llamada Stefanie, pero la timidez le impidió tomar ninguna iniciativa. Aun así, a juicio de este amigo la sexualidad de Hitler era «plenamente normal». En todo caso, al poseer unos valores morales estrictamente burgueses, se mantuvo lejos de los burdeles y las prostitutas callejeras que tanto atraían a muchos de los jóvenes de la época. Estaba obsesionado con el arte y la arquitec-

tura y dedicó mucho tiempo a imaginar nuevos diseños de diversas ciudades, grandes o pequeñas, y en especial de Linz, afición que mantuvo hasta el final de sus días.⁶

En 1908 Hitler agotó la herencia de su madre y empezó a pasar graves dificultades económicas, entre otras razones por el gasto constante en entradas para la ópera. Durante muchos meses tuvo que vivir en un albergue para hombres sin hogar, y cuando solicitó de nuevo la admisión en la Academia de Bellas Artes, lo rechazaron con brusquedad. Tenía la plena convicción de que iba a convertirse en un gran artista y se negó a hacer renunciias y a vivir una vida corriente. Un amigo del albergue le sugirió vender pinturas copiadas de postales, lo que le generó algunos ingresos; pero no tuvo seguridad económica hasta haber cumplido los veinticuatro años, en abril de 1913, cuando recibió una importante herencia de un familiar. Tras garantizarse, pues, unos ingresos modestos, pero suficientes, el 25 de mayo se trasladó a Múnich. Abandonó el entorno multicultural de Viena por una Alemania que le despertaba una poderosa admiración; sin lugar a dudas, creía que él, por ser hablante de alemán, era un conciudadano alemán más. Sin embargo, como seguía siendo ciudadano austríaco, la policía bávara le ordenó volver a Austria e incorporarse al servicio militar obligatorio; en el momento de alistarse, el examinador médico concluyó que era «demasiado débil» físicamente y, por lo tanto, pudo regresar a Múnich. Aquí continuó con su existencia azarosa, y durante varios meses, se sentaba en los cafés de Schwabing —un barrio especialmente frecuentado por artistas y bohemios— y vendía sus copias de postales. En este momento nada indicaba que en el futuro fuera a emprender una carrera política. Su vida había sido un fracaso; sus ambiciones no se habían hecho realidad; su antigua posición social, como hijo de una sólida familia burguesa, se había hundido por completo. Fue el más desclasado de todos los líderes nazis; su decadencia social fue la más extrema.

El estallido de la primera guerra mundial, a finales de julio de 1914, pareció resolver todos los problemas de Hitler. En *Mein Kampf* escribió que este fue el mejor período de su vida y no hay motivos para dudar de esta afirmación. Henchido por el abrumador patriotismo alemán que su cara manifiesta en la famosa fotografía que lo captó entre las masas que, el 2 de agosto de 1914, se congregaron en la plaza muniquesa de Odeón para congratularse por el belicismo de su país, el 16 de agosto (tras haber sido rechazado en un primer intento) se alistó en el ejército de Baviera.

En el caótico trajín del reclutamiento masivo no parece que nadie se diera cuenta de que aún era ciudadano austríaco o de que físicamente carecía de las virtudes necesarias para entrar en combate. Tras recibir una instrucción más bien rudimentaria, su regimiento fue enviado al Frente Occidental. Sobrevivió al bautismo de fuego en un feroz encuentro con las tropas británicas, lo ascendieron al grado de *Gefreiter* y le encomendaron labores de mensajería: llevar órdenes del cuartel general de campaña hasta el frente. La promoción no le autorizaba a mandar a ningún soldado, a diferencia de un auténtico «cabo», palabra con la que suele traducirse el rango que le asignaron; sería más pertinente hablar de algo como un «soldado de primera». Le concedieron una Cruz de Hierro de primera clase, que a menudo se ha considerado una prueba evidente de su valentía excepcional; pero, aunque el papel de mensajero del cuartel de su regimiento entrañaba cierto peligro, la mayoría de las acciones que llevó a cabo se produjeron por detrás del frente. Al servir en el cuartel, Hitler figuraba entre los soldados que podían entablar contacto directo con oficiales que estaban en condiciones de impartir medallas; y esa clase de soldados se halla claramente sobrerrepresentada entre quienes fueron galardonados con la Cruz de Hierro.⁷

Otros soldados lo recordaban como un joven que no destacaba ni por su valor ni por su cobardía; tenía fama de cumplir con sus deberes con tranquilidad y eficiencia. Era más bien solitario y sus camaradas lo consideraban algo raro y lo llamaban «el artista». Los compañeros charlaban y bromeaban, fumaban y bebían o visitaban burdeles, pero Hitler no participaba en ninguna de estas actividades, sino que se quedaba sentado leyendo a solas. Si algunos camaradas se mostraban cínicos con respecto a la guerra, Hitler tendió a reafirmar su confianza en la victoria total; pero por lo general lo hizo en privado, según da fe la correspondencia que se ha preservado. En diciembre de 1914 varios miembros del regimiento se sumaron a la «tregua de Navidad», un intervalo espontáneo en el que se jugó a fútbol; Hitler se negó a participar. Al igual que otros soldados, no obstante, no tardó en perder las ilusiones románticas y heroicas que le habían llevado a alistarse. En este caso Hitler aprendió a ser duro e implacable y recibir con indiferencia el sufrimiento y la muerte. La jerarquía y la disciplina militar impusieron orden y estructura en su vida, aunque ni él buscó un ascenso ni sus superiores lo consideraron apto para un rango superior. El 5 de octubre de 1916 quedó herido en el muslo por un impacto de metralla, que no amenazó su vida. En 1918

participó en la «Ofensiva de primavera» del Frente Occidental, que a la postre no tuvo éxito. Unos meses más tarde quedó cegado temporalmente por un ataque con gas mostaza y lo enviaron a un hospital alejado del frente, en la ciudad pomerana de Pasewalk. Mientras lo trataban y se recuperaba se enteró, el 10 de noviembre de 1918, de la noticia de que Alemania había sido vencida y el káiser, derrocado; y que los consejos de obreros y soldados estaban liderando una revolución izquierdista.⁸

II

Los consejos de obreros y soldados no tardaron en rendirse ante la oposición más sólida al káiser, la del Partido Socialdemócrata, que asumió el liderazgo en el país y, con el respaldo de los liberales y el Partido de Centro Católico, estableció un nuevo orden político mucho más progresista que el sistema autoritario de Bismarck y el emperador. La constitución republicana que se aprobó en una Asamblea Nacional Constituyente celebrada en el centro cultural de Weimar —la ciudad en la que, desde finales del siglo XVIII, vivieron dos poetas clásicos como Goethe y Schiller— era plenamente democrática: fue la primera en conceder el sufragio femenino e hizo que los gobiernos tuvieran que responder ante el Parlamento y los electores. La República de Weimar, como se la dio en llamar, tuvo que lidiar con múltiples dificultades. El Tratado de Versalles, que selló la victoria de los Aliados, privó a Alemania de cerca del 13 % de su territorio y población de las fronteras orientales y occidentales; desposeyó al país de sus colonias de ultramar; y limitó sus fuerzas armadas a un máximo de 100.000 hombres y le prohibió disponer de buques y aviones de guerra. Alemania tuvo que pagar unas reparaciones ingentes, en oro, por los daños causados por sus tropas de ocupación en Bélgica y el noreste de Francia. No se pudo contar apenas con estabilidad política porque había no menos de seis grandes partidos políticos que reflejaban divisiones profundas y consolidadas entre el electorado, por razones de clase, región y religión: los socialdemócratas, los comunistas, los católicos centristas, los nacionalistas y dos grupos de liberales, de derechas y de izquierdas. Muchas agrupaciones políticas conservadoras, nacionalistas y de extrema derecha se negaron a reconocer la legitimidad de la nueva república y anhelaban el regreso del káiser. Por su parte por la izquierda, los comunistas acusaron a la república de ser «capitalista» e intentaron provocar una re-

volución que instaurase un régimen similar al soviético. De acuerdo con la nueva constitución, el porcentaje de votos obtenido por cada partido se traducía directamente en porcentaje de escaños en la asamblea; en consecuencia todos los gobiernos tenían que ser necesariamente el fruto de una coalición, no debido a la representación proporcional, sino al sistema multipartidista que la república había heredado del reinado del káiser.

Más adelante Hitler afirmó que la revolución de 1918 era la responsable de que él hubiera entrado en política. Se trata no obstante de una simplificación exagerada; su entrada en política fue más bien un proceso gradual. No hay razones para poner en duda que se sintió conmovido al recibir la noticia de la derrota de Alemania y las condiciones del Armisticio; pero en la práctica aún tardó muchos meses en tomar alguna iniciativa política. Al principio se reincorporó al ejército, en ausencia de ningún otro empleo. Después de que Kurt Eisner, líder del consejo de obreros y soldados de la revolución bávara, fuera asesinado en Múnich por un fanático nacionalista en 1919, Hitler quedó inactivo. La capital de Baviera vivió brevemente un régimen anarquista y luego ascendió al poder un consejo de comunistas de línea dura que concluyó con un baño de sangre, obra de las tropas voluntarias de un Freikorps enviado por el gobierno electo de la región, de socialdemócratas moderados, liderado por Johannes Hoffmann. Como muchos derechistas bávaros, es probable que Hitler cifrara en Hoffmann la única esperanza inmediata de una restauración del orden; por eso, en un principio, dio su apoyo a los socialdemócratas. Los demás soldados lo eligieron como su representante y los oficiales lo seleccionaron para que investigara el comportamiento de las tropas durante los hechos revolucionarios y luego ayudara impartiendo cursos de «educación» contrarrevolucionaria para soldados. No tardó en llamar la atención sobre sí por lo que un oyente calificó de «fanatismo» y por su evidente popularidad con las audiencias. Probablemente había adoptado estos papeles como un medio de quedarse en el ejército, dado que carecía de ningún otro sostén alternativo; pero el resultado fue que su identidad como soldado empezó a dar paso a una nueva conciencia de sí mismo como político. En muchos aspectos, no obstante, esto no supuso renunciar al personaje militar: para Hitler la política era la guerra librada con otros medios. Cuando se presentaba a sí mismo, durante el resto de su vida, siempre hacía hincapié en los años pasados como simple soldado del frente, como una persona del pueblo solo que con uniforme militar.⁹

En el mundo político que se le estaba formando a Hitler tras la guerra, en aquel momento, cuando contaba treinta y un años, el antisemitismo feroz adquirió carácter de esencial. Los nacionalistas de la extrema derecha que habían triunfado con la entrada del Freikorps en Múnich consideraban que la revolución era producto de una conspiración de los judíos y que los regímenes de los consejos los habían creado subversivos judíos. Varios revolucionarios —de Kurt Eisner a Ernst Toller y Eugen Leviné— eran de origen judío, aunque casi todos ellos, como eran socialistas radicales, habían repudiado su identidad judía. En todo caso, desde una perspectiva superficial la afirmación de que la ciudad había estado «gobernada por los judíos» hasta la aparición del Freikorps no resultaba del todo inverosímil. La primera expresión de este odio nuevo, pero extremo y obsesivo por los judíos la encontramos en una carta dirigida a uno de los estudiantes del curso, Adolf Gemlich. En esta misiva se despachaba con la creencia de que, durante miles de años, la raza judía se había caracterizado de forma inherente por la subversión, la destrucción cultural y la codicia materialista. Sin embargo, aquí Hitler plantea que, en vez de optar por pogromos violentos, era más efectivo decantarse por un antisemitismo «racional», que se traducía en expulsar del país a los judíos, por el medio que fuera. Era importante caer en la cuenta —le dijo a Gemlich— de que «la judería [es], sin lugar a dudas, una comunidad racial, no religiosa». Los judíos portaban la «tuberculosis racial de los pueblos». Solo les interesaba el dinero y el poder. Su objetivo último era «gobernar el mundo», de ahí su inconfundible carácter «internacional». Los gobiernos que habían sustituido al káiser y los príncipes alemanes eran simples instrumentos de los judíos; también la prensa; también los bancos. Discurso tras discurso, durante los primeros años de la década de 1920, Hitler fue repitiendo obsesivamente estas afirmaciones fantasiosas. En sí no eran especialmente originales: eran una versión más extrema de un sentimiento generalizado entre los conservadores y nacionalistas alemanes, que creían que la victoria en la primera guerra mundial se les había robado mediante trampas, y que las responsables eran unas fuerzas malignas situadas principalmente a la izquierda del espectro. Lo inusual fue la vehemencia y efectividad con las que Hitler empezó a propagar esas ideas.¹⁰

En la década que siguió a la primera guerra mundial, las campañas políticas aún se centraban en discursos públicos ante asambleas masivas, ya fuera en alguna clase de local —en Baviera se tenía preferencia por las

cervecerías— o al aire libre. La radio estaba todavía en un estadio infantil, y la televisión, en las primeras fases de su desarrollo. Hitler descubrió que tenía talento para excitar a las multitudes, más que ninguna otra figura política de su tiempo. Hasta 1928 habló sin micrófono ni altavoz. Antes incluso de poder disponer de los recursos del Estado, los nazis se aseguraron de que los discursos de Hitler estuvieran enmarcados por una amplia serie de rituales: entre ellos, música, banderas y enseñas de activistas nazis uniformados. Se hacía esperar deliberadamente al público, para intensificar la ilusión con la que esperaban las palabras de un Hitler que llegaba tarde por sistema. Su voz profunda y resonante atrapaba a la audiencia con un principio calmado, de largas pausas, que hacía que los oyentes se centraran en sus palabras; luego exponía sus puntos de vista con frases cortas y simples que iban preparando el clímax; en la parte de la peroración, el rostro le brillaba y subrayaba las palabras con gestos de brazos y puños que había preparado cuidadosamente. El final era un frenesí de emociones que llevaba a los oyentes a una apoteosis casi religiosa. Hitler redujo la compleja realidad de la política a una serie de fórmulas simples. Todo se reducía al bien o al mal, a lo correcto o lo incorrecto; todo era absoluto; todas las soluciones eran definitivas. Sabía hablarle a la gente de la calle con sus propias palabras y observaba atentamente al público mientras se dirigía a él para aprender qué funcionaba y qué no. A veces proyectaba su figura mediante un lenguaje casi religioso y, por ejemplo, prometía que cuando él alcanzara el poder forjaría «un imperio de fuerza, de grandeza y de gloria» o anunciaba, con términosseudocristianos: «Pues sí, yo cargaré con el sufrimiento de mi pueblo».¹¹

Recurría al sarcasmo para reducir al ridículo a los objetos de su desdén. Su amigo Ernst «Putzi» Hanfstaengl «detectó el uso del lenguaje con que los escritores bromeaban en los cafés de Viena», «un humor burlón que lograba su efecto sin sonar excesivo ni grosero».¹² Al mismo tiempo, durante los años veinte Hitler desarrolló la capacidad de ir más allá de los simples eslóganes y acertó a impresionar a sus audiencias con un dominio considerable de los detalles. Preparaba y ensayaba los discursos y, aunque con la ayuda de unos pocos apuntes, hablaba sin leer un guion, por lo que el público se quedaba con la impresión de que se expresaba espontáneamente, desde el corazón. Según dijo, del Partido Socialista austríaco había aprendido a dirigir propaganda a unas masas cuya capacidad intelectual limitada las hacía receptivas a un llamamien-

to emocional. Para atraparlas era preciso desplegar eslóganes simples, repetirlos sin descanso y no matizar el mensaje principal ni desviarse nunca de él. La masa era femenina, había que dominarla. Al poco de empezar a dedicarse a la oratoria pública, Hitler se dio cuenta de que poseía un talento extraordinario para ello y pronto adquirió mucha confianza en aquel mundo político nuevo al que se estaba incorporando.¹³

Era el mundo de los grupúsculos nacionalistas de ultraderecha, que florecieron y se multiplicaron en Múnich aprovechando la atmósfera contrarrevolucionaria de los primeros años veinte. Con la intención de triunfar donde el káiser había fracasado, entendían que los socialdemócratas y los comunistas —dominados ambos por los judíos— eran enemigos de Alemania; e intentaron ganarse a las clases trabajadoras apelando a ellas con una serie de medidas y eslóganes que mezclaban elementos seudosocialistas, ultranacionalistas y antisemitas. Uno de estos grupos, encabezado por el herrero Anton Drexler, había tomado el nombre de Partido Obrero Alemán (DAP, en sus siglas originales), donde la clave de su carácter ultraderechista era la especificidad «Ale-mán», en contraste directo con el internacionalismo al que la izquierda aspiraba explícitamente. El partido llamó la atención de los jefes de Hitler en el ejército, quienes consideraron que podría servir a sus fines contrarrevolucionarios y enviaron a su subordinado a una asamblea, el 12 de septiembre de 1919, para que viera qué se podía hacer. Hitler no pudo resistirse a plantear objeciones a algunos de los puntos de vista que se expusieron, con lo que los líderes del partido se fijaron en él y al cabo de poco empezaron a usarlo como ponente. Al poco tiempo Hitler tuvo tanto éxito que se alzó como cabeza de aquella diminuta secta conspirativa y logró convertir al DAP en un movimiento político público, al que rebautizó como Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP, en sus siglas alemanas). En este contexto, según el propio Hitler se afanó a explicar una y otra vez, la referencia al socialismo no tenía «nada que ver con el marxismo», pues ellos defendían la propiedad privada y al individuo; lo que ellos reclamaban era que los valores nacionalsocialistas se mantuvieran «en consonancia con los valores de la comunidad».¹⁴

Hitler redactó un programa de partido, con veinte puntos entre los que se incluían privar a los judíos de los derechos de ciudadanía y confiscarles «los beneficios obtenidos con la guerra», es decir: aniquilarlos económicamente. Tildaba la democracia parlamentaria de corrupta y su objetivo de «consolidar el poder central» apuntaba al establecimiento de

una dictadura. El programa se declaró además «inalterable», pues Hitler se negaba a entrar en la clase de disputas interminables que atormentaban a los partidos políticos corrientes. Sin embargo, el programa no tardó en quedar arrumbado, en gran medida; los nacionalsocialistas —los «nazis», en su forma abreviada, paralela a la designación de los socialdemócratas como «sozis»— nunca plantearon la clase de manifiestos que, ante unas elecciones, eran habituales entre los demás partidos políticos. Por otro lado Hitler aprobó un diseño para la bandera del partido que combinaba hábilmente los viejos colores imperiales del negro, blanco y rojo —para atraer a los conservadores y monárquicos tradicionalistas— mediante un fondo rojo —como sugerencia de socialismo— y la cruz gamada negra, o esvástica, sobre un círculo blanco, con resonancias aquí de racismo, ultranacionalismo y antisemitismo. A partir del 7 de agosto de 1920 Hitler también hizo hincapié en el carácter revolucionario de su partido al dirigirse al público no como solían hacerlo los burgueses, con un «*Meine Damen und Herren*» («Señoras y caballeros»), sino con un «*Volksgenossen und -genossinnen*» («Camaradas raciales»,* hombres y mujeres), apropiándose deliberadamente del término de «camaradas», habitual en la izquierda.¹⁵

En la primavera de 1920, la formación de un gobierno netamente derechista en Baviera, encabezado por Gustav Ritter von Kahr, ayudó a crear condiciones favorables para los nazis y otros grupos de la derecha. Después de que un golpe de Estado reaccionario en Berlín fuera derrotado no sin muchas dificultades por una huelga general dirigida por los sindicatos socialdemócratas, y de que los jóvenes fanáticos de un grupo terrorista clandestino —la Organización Cónsul— asesinaran a varios líderes políticos de los sectores izquierdista y liberal, parecía que la República de Weimar sería incapaz de superar los problemas de sus primeros meses de vida. En este punto Hitler, que atraía a un público

* El concepto de *Volk*, muy denso de sentidos, tiende a traducirse habitualmente como «pueblo», y en este contexto, como «nación», pero el autor ha preferido *racial comrades*, haciendo hincapié en que, en el caso de Hitler, la «nación» (la «comunidad nacional» o *Volksgemeinschaft*, concepto recurrente en el libro) excluía a quienes no cumplían con los requisitos adicionales de la «raza». Otra peculiaridad destacable del autor se ve un poco más abajo: a diferencia de la mayoría de las obras, traduce habitualmente *Führer* por lo que en efecto significaba, «el Líder», que además, como se verá, era también un concepto habitual del nazismo, extensivo a algunas *Führerinnen* o «líderesas». (N. del t.)

cada vez más numeroso, había adquirido una gran confianza en sí mismo; y cuando otros miembros de la jerarquía del partido propusieron fusionarse con otro grupo de la derecha, presentó la dimisión, como signo de protesta. Sus compañeros tenían claro que se había hecho indispensable y cedieron, otorgándole poderes dictatoriales sobre el Partido, para que regresara. Cuando el auge de su figura entre la extrema derecha empezó a atraer a un círculo de lugartenientes —entre los que cabe mencionar a Rudolf Hess, Hermann Göring, Heinrich Himmler, Ernst Röhm, Alfred Rosenberg y Julius Streicher, además de algunos mecenas de sus inicios, tales como Anton Drexler, Dietrich Eckart y Gottfried Feder—, la franca admiración que suscitaba en ellos reforzó aún más la confianza de Hitler en sí mismo y terminó de convencerle de que él pondría fin a la humillación de Alemania y guiaría al país hasta un futuro glorioso. En las postrimerías de 1922 numerosos miembros del Partido lo denominaban ya «el Líder» (*der Führer*) y empezaban a utilizar el saludo de *Heil Hitler!*, que en 1926 pasó a ser obligatorio en el Partido.¹⁶

En cuanto Hitler tomó la dirección del movimiento nazi, este incorporó al repertorio político una violencia nueva. El Partido ya utilizaba a vigilantes como porteros de sus mítines públicos, pero en el transcurso de 1921 comenzaron a organizarse mejor y se les dio el nombre informal de *Sturmabteilungen* («divisiones de asalto»). Las encabezaba Hans Ulrich Klintzsch, un joven que había formado parte de la Organización Cónsul, la ya citada brigada asesina de extrema derecha. Apaleaban y expulsaban a quienes protestaban ante los mítines de Hitler y, con la colaboración de exmiembros del Freikorps, se armaron con cuchillos, porras de goma, puños de acero e incluso pistolas y granadas, y libraron batallas campales con las unidades paramilitares de otros partidos políticos, en especial con las socialdemócratas. Tras haber liderado una pelea particularmente sangrienta durante uno de los mítines, se detuvo y mandó a juicio a Hitler y a otros nazis, y se les condenó a tres meses de cárcel por los disturbios. Pero el uso de la violencia política organizada no era en ningún caso exclusivo de los nazis: la política se había militarizado a consecuencia de los cuatro años de guerra y el posterior período de conflictos armados en múltiples lugares de Europa, desde Irlanda hasta Silesia. La irrupción del comunismo, nacido en la violencia de la Revolución Bolchevique y resuelto a derribar la democracia «burguesa» y el orden social imperante, contribuyó a radicalizar los antagonismos políticos. En Italia, el exsocialista Benito Mussolini guio a sus *squadristi* en

la toma violenta del poder de diversas ciudades del norte de Italia, grandes y medianas, que culminó con la amenazante «Marcha sobre Roma» con la que, en la práctica, chantajeó a la clase dirigente para que accediera a su nombramiento como primer ministro en 1922.¹⁷

El éxito de Mussolini impresionó a Hitler y a los nazis, que adoptaron muchos elementos de los italianos, como el uso del término «Líder» (en Italia, *Duce*), el saludo seudorromano (con el brazo derecho rígidamente estirado, a lo que el Líder respondía alzando su brazo derecho pero inclinado hacia atrás y con la palma abierta) y el uso de estandartes en los desfiles. Para Hitler y otros varios líderes de la extrema derecha, el éxito de la «Marcha sobre Roma» se convirtió en un modelo por imitar en 1923, año en el que el país se sumió en el caos: la hiperinflación arrasaba la economía, tropas francesas se apoderaron de valores de la región industrial del Ruhr para compensar reparaciones no satisfechas, y los partidos de extrema izquierda amenazaban con alzarse con el poder en Sajonia y Turingia. Otra figura que influyó de forma destacada en los nazis fue Mustafá Kemal Pachá, el líder militar y político nacionalista turco, más conocido posteriormente como Kemal Atatürk. El triunfo en las guerras contra los griegos y armenios, entre 1919 y 1922, y la exitosa preservación de la unidad de Turquía frente a los intentos Aliados por desmembrar el país acarrearón la abolición del Imperio otomano: el 24 de julio de 1923 el Tratado de Lausana dio reconocimiento a la soberanía turca y el 29 de octubre de aquel mismo año se estableció oficialmente la República de Turquía. Un elemento que atrajo en particular a los nazis fue la decisión de Atatürk de trasladar la capital de Constantinopla —donde la corrupción se le antojaba incorregible— a Ankara, un entorno a su juicio más limpio y puro. En el caso de Hitler, la Ankara de Alemania era Múnich, mientras que Berlín era su Constantinopla.¹⁸

El detonante de la acción fue el nombramiento, el 13 de agosto de 1923, del liberal moderado Gustav Stresemann como canciller de una amplia coalición de partidos creada con la intención de resolver las múltiples crisis por las que Alemania estaba pasando. Durante las semanas posteriores Stresemann puso en práctica una política de «cumplimiento» del Tratado de Versalles y, al retomar el pago de las reparaciones, logró que los franceses se marcharan del Ruhr. Pero esta decisión era inaceptable para los nazis, que con el apoyo de Erich Ludendorff —general destacado durante la primera guerra mundial, y a la sazón ultraderechista y enemigo declarado de la República de Weimar— organizaron

un levantamiento armado en Múnich, el 9 de noviembre de 1923. Hitler anunció que, después de tomar la capital bávara, marcharía sobre Berlín e instauraría un nuevo gobierno nacional, liderado por él mismo. Con total convicción y altivez dio a conocer en público una «proclamación para todos los alemanes» en la que comunicaba que Ludendorff y él mismo dirigirían, con poderes dictatoriales, un nuevo «gobierno nacionalista». Pero este intento de golpe de Estado, lanzado en una cervecería próxima al centro de Múnich, fue dispersado a balazos cuando los nazis, con Hitler a la cabeza, intentaron tomar al asalto el Pórtico de los Mariscales, sito en la Odeonsplatz. Catorce nazis perdieron la vida, y también cuatro policías, víctimas de los disparos nazis. Entre la confusión Hitler se dislocó el hombro, pero logró huir, con ayuda; dos días más tarde lo localizaron, arrestaron y acusaron de traición. El sueño de emular a Benito Mussolini y a Atatürk y establecer en Alemania un régimen de estilo fascista fracasó; por lo menos, en aquel momento. Hitler, llevado por la falta de experiencia, las ilusiones poco realistas y un optimismo desbordado, había preparado insuficientemente el *Putsch*, que no contó con el apoyo, activo o al menos pasivo, de la élite gobernante, el ejército, el funcionariado o la policía. Aprendió la lección y no repitió nunca esos errores.¹⁹

III

Hitler había descubierto un objetivo para su vida, objetivo para el cual no tardaría en quedar claro que él reunía los talentos ideales. Pero, justo después del fracaso del alzamiento, quedó sumido en una honda depresión. Por primera vez —pero no la última— se tiene constancia de que sopesó suicidarse. Sin embargo, pronto cayó en la cuenta de que el juicio inminente supondría una buena ocasión de reivindicar su figura. El gobierno de Baviera logró que el proceso se trasladara a Múnich y recayera sobre un juez con simpatías políticas hacia los acusados. Se trataba de Georg Neithardt, que había exhibido ya gran indulgencia con el asesino de Kurt Eisner, el conde de Arco-Valley, cuyos motivos —supuestamente patrióticos— le parecían encomiables. En el juicio, que se inició el 26 de febrero de 1924, Neithardt permitió que el líder nazi se explayara en defensa de sus acciones, con lo que este pudo alegar que le impulsaba «un nacionalismo apasionado y extremo de una ética y moralidad

supremas». Un tribunal no estaba en condiciones de decidir si sus acciones estaban justificadas o no: lo decidiría la historia de Alemania. Entre los múltiples encausados, absolvió a Ludendorff y condenó al resto a penas especialmente moderadas. A Hitler se le condenó a la pena mínima: cinco años de «encierro en una fortaleza» (*Festungshaft*) en la cárcel de Landsberg, a 65 kilómetros de Múnich, con la posibilidad de obtener la libertad condicional a partir de los seis meses. El tribunal declaró que el intento de golpe de Estado respondía «a un espíritu de puro patriotismo».²⁰ Hitler le agradeció el favor manteniendo a Neithardt en el cargo después de acceder al poder y aun depositando una corona sobre su tumba, al morir aquel en 1941. Entre tanto los nazis mitificaron el *Putzsch* e instituyeron un culto martirial en torno a los camaradas caídos. En el tribunal de Múnich se sentaron ya las bases del posterior mito del sacrificio.²¹

Investigaciones recientes han arrojado nueva luz sobre las condiciones en las que Hitler cumplió la sentencia. Aunque Landsberg era una prisión moderna, construida poco antes de la primera guerra mundial, no albergaba solo a presos corrientes, sino que contaba también con una sección específica para los condenados al «encierro en una fortaleza». Los prisioneros de este origen no perdían los derechos civiles, como el de voto, ni estaban obligados a vestir el uniforme de la prisión o a realizar trabajos forzados. Podían vestir sus propias ropas, recibir visitas, aceptar regalos, beber y fumar, mezclarse con los otros presos de la misma clase. Disponían de un jardín, entre muchos otros privilegios. Este «encierro» —que antaño se reservaba a los oficiales, aristócratas y hombres en general que habían herido o matado a un oponente en un duelo— fue utilizado a menudo por aquellos jueces conservadores de la República de Weimar que consideraban que los acusados habían actuado por motivos encomiables y, en consecuencia, no merecían ningún castigo deshonoroso. Tal era el caso de Hitler. Según demuestra el archivo de su estancia en la prisión, mientras estuvo en Landsberg Hitler pudo recibir a no menos de 345 visitantes en un total de 524 ocasiones. Aunque Erich Ludendorff acudió a verle en nueve ocasiones, y Ernst Röhm, en siete, la mayoría de los visitantes —como por ejemplo Hermann Göring— solo fueron una vez. Muchos le llevaban regalos tales como flores, vino, pasteles y libros, o productos que Hitler compraba en el exterior como huevos, mantequilla, café, fideos, o también sartenes y vajilla. Las condiciones de la fortaleza, en suma, se asemejaban más a las de

un hotel que a las de una cárcel. Algunos visitantes llamaban a la celda de Hitler «la Delicatessen». Entre los presos que compartían con él el «encierro en una fortaleza» había otros participantes del *Putsch* de la cervetería, como Rudolf Hess; el 28 de abril de 1924 ingresaron otros cuarenta miembros de las SA nazis. La mayoría de sus celdas estaban decoradas con esvásticas y otros símbolos políticos; casi todos los internos fumaban y bebían (salvo Hitler como gran excepción, pues era abstemio y no fumador); disponían de escritorios y máquinas de escribir; y podían dedicarse a jugar, mantener una correspondencia libre con el exterior y organizar el día como mejor les pareciera. Durante varios meses, pues, la prisión hizo el papel informal de cuartel general del Partido Nazi. Sin embargo, Hitler se mantuvo distante y no participó en los distintos juegos, deportes y otras actividades colectivas. «Un líder no puede permitirse que un miembro de su séquito le gane», escribió.²²

Con la sucesión de cartas de apoyo a la posición que había adoptado durante el juicio, y a medida que los visitantes iban expresándole su admiración por el valor exhibido en el intento de golpe de Estado, Hitler comprendió que los hechos de 1923-1924 lo habían catapultado a una posición de liderazgo prácticamente indiscutido en los círculos ultranacionalistas de la extrema derecha. Cada visita a Landsberg, cada carta con muestras de afecto, fue reforzando su confianza en sí mismo y la convicción de que debía cumplir una misión. Al disponer de varios meses de ocio forzoso, Hitler decidió elaborar el discurso que había pronunciado en el juicio, junto con otros escritos, para componer una defensa de sí en gran escala. Hizo que le trajeran una máquina de escribir y varias resmas de papel, adquiridas en el exterior, y durante los meses siguientes redactó un relato completo de su vida con la justificación de sus acciones y creencias; con frecuencia trabajaba hasta bien entrada la noche. La magnitud del proyecto fue creciendo hasta dar lugar a un completo manifiesto político, concebido entre otros fines para hacer hincapié en su derecho a liderar el Partido Nazi, que en su ausencia se estaba desintegrando por la aparición de facciones enfrentadas. El 24 de diciembre de 1924 recuperó la libertad —solo había pasado nueve meses en Landsberg— y se retiró a una fonda del Obersalzberg, en los Alpes bávaros, que ya había visitado el año anterior, para continuar escribiendo el libro al que se dio el título de *Mi lucha* (*Mein Kampf*). Una reciente edición comentada de esta obra nos ha permitido conocer más detalles sobre las condiciones de composición y adoptar una perspectiva fresca y

crítica sobre su contenido. Ahora sabemos que Hitler decidió desplazar algunos capítulos para dividir el libro en dos partes; la primera vio la luz el 18 de julio de 1925. Hitler escribía despacio y el segundo volumen tardó algo más, pero en los estadios finales de la redacción contó con la ayuda de una secretaria que copiaba los textos al dictado, lo que permitió acelerar el proceso: la segunda parte se publicó el 10 de diciembre de 1926. En 1930 apareció asimismo una edición popular, en un único volumen. Rudolf Hess, preso también en Landsberg y amanuense de Hitler, y su esposa Ilse, que ya habían realizado tareas editoriales sobre el primer volumen, pasaron un total de varios meses —junto con Josef Stolzinger-Cerny, que formaba parte de la plantilla del periódico de los nazis, el *Völkischer Beobachter*— corrigiendo el indocto alemán del autor y mejorando en lo posible sus torpezas de estilo. Sin embargo, el texto en sí fue toda obra de Hitler.²³

A Hitler —a quien legalmente se le había prohibido hablar en público—, *Mein Kampf* le sirvió en gran medida como sustituto de los discursos que habría pronunciado de habersele permitido. El texto responde claramente a su estilo personal, con incontables repeticiones y exageraciones y una apelación más intensa a las emociones que al intelecto. Es un lenguaje repleto de absolutos: las decisiones eran «inalterables»; los enemigos serían «aniquilados»; las medidas que se adoptarían eran «incondicionales». Todo se reducía a dicotomías simples: bueno o malo, éxito o fracaso, triunfo o desastre. Estos rasgos eran reflejo, entre otros factores, de la militarización que caracterizó la política alemana durante la década de 1920: el propio título del libro ya lo revela, y en el texto conceptos habitualmente negativos como «brutal», «fanático», «implacable» y «bárbaro» se convierten en valores positivos. Al igual que en sus discursos, para dar más peso a sus declaraciones Hitler recurría a expresiones religiosas, dichos populares y citas breves de los clásicos. Destaca especialmente la utilización del shakespeariano *Sein oder Nichtsein* (el célebre «Ser o no ser» de *Hamlet*) en no menos de seis ocasiones, con el que reforzó su enfoque de «o todo o nada» en lo relativo a lo que Alemania se jugaba en la primera guerra mundial. Los judíos quedan reducidos a un colectivo uniforme —se habla de «el judío», en singular, pero en referencia a todos— y se los describe con términos deshumanizadores: son los «bacilos de la peste», son «alimañas». Desde buen principio estaba claro que el núcleo del antisemitismo de Hitler era de afán exterminador.²⁴ Una gran parte del libro son diatribas contra el supuesto carác-

ter degenerado y subversivo de «el judío».²⁵ Hoy es tristemente famoso el pasaje de finales del segundo volumen en el que afirma, al respecto de los judíos de Alemania:

Si en algún momento del principio de la guerra o durante su transcurso se hubiera gaseado a doce o quince mil de esos hebreos que contaminan al pueblo —el destino que cientos de miles de nuestros mejores trabajadores alemanes, de todas las clases y profesiones, tuvieron que padecer en el frente con nuestro ejército—, entonces los millones de sacrificios del frente no habrían resultado en vano.²⁶

Al concluir el libro, Hitler ha manifestado claramente que se ve a sí mismo como el futuro líder de Alemania, llamado por «el destino» y «la providencia» a la grandeza histórica. Aunque el texto no da demasiados detalles sobre las medidas que pondrá en práctica si acaba llegando al poder, la idea general resulta evidente: suprimir toda la oposición, destruir la democracia y crear una dictadura (aunque suele evitar esta palabra), conquistar militarmente más «espacio vital» (sobre todo en la Europa del este), privar de la ciudadanía a los judíos alemanes, impedir que las personas que la eugenesia consideraba «no aptas» tuvieran descendencia y recurrir implacablemente a la pena de muerte para aplastar toda resistencia política. Entre los pasajes más legibles del libro, varios son de propaganda. Aquí, proyectando lo que Hitler consideraba que eran los métodos nada escrupulosos que habían utilizado los socialistas en el Austria anterior a la guerra y los británicos y sus socios durante la propia guerra, se caracteriza desdeñosamente a las masas como «femeninas», pasivas, frágiles y vulnerables a los llamamientos emocionales. Las masas, a su juicio, ansiaban «la victoria del más fuerte y la aniquilación, o sumisión incondicional, de los débiles». «La nacionalización de nuestras masas solo podrá ser exitosa si ... se extermina a quienes las están envenenando internacionalmente». Para hacerse con el poder, por lo tanto, era imprescindible atraer al pueblo; pero era igualmente necesario emplear una violencia exterminadora contra los socialdemócratas y los comunistas y contra la conspiración judía que a su entender los manejaba.²⁷

Las descripciones extasiadas de las victorias sangrientas de los SA nazis en las peleas de las cervecerías contra sus oponentes «marxistas», e igualmente de la violencia provocadora a la que se había recurrido en

una marcha por Coburgo en octubre de 1922, evidencia en *Mein Kampf* que la violencia de masas seguiría siendo una parte esencial de la táctica nazi, en paralelo al llamamiento a que las masas los votaran en las elecciones y la intención de cortejar entre bambalinas a las élites del país. El libro respira un ánimo abrumador de odio y resentimiento, un extremismo asesino, la renuncia implacable a la decencia humana común y un desprecio cínico hacia las convenciones de la vida política. En este libro Hitler revela por completo, por vez primera, el núcleo genuino de su personaje político: el principio del «todo se vale», la ley de la selva propia del hampa, importada al mundo de la política de mayorías.²⁸

El volumen uno de *Mein Kampf* se vendió razonablemente bien: la primera edición, con 10.000 ejemplares, casi se había agotado a finales de 1925. La segunda parte no fue tan exitosa, pero en cambio la edición popular de un solo volumen —que vio la luz en 1930, cuando Hitler empezaba a ser bien conocido como figura nacional— logró vender 228.000 ejemplares hasta finales de 1932. Aun así el libro no tuvo especial impacto político antes de 1933 ni se leyó o comprendió ampliamente hasta entonces. En cambio después de que Hitler se alzara con el poder resultaba prácticamente obligatorio disponer de una copia: el gobierno la regalaba a toda pareja de recién casados, por ejemplo. En total la obra vendió unos 12.450.000 ejemplares entre la fecha de su primera publicación y la muerte de Hitler, veinte años más tarde.²⁹ Antes de 1933 generó unos ingresos significativos para su autor y en adelante contribuyó a hacerle rico.³⁰

Quien lea *Mein Kampf* buscando planes y programas detallados se llevará una decepción. Muchas de sus afirmaciones más programáticas —la necesidad de elevar los salarios reales y proteger a los obreros frente a la explotación, la importancia de defender los derechos de los estados federados frente a la interferencia de la autoridad estatal central o, en materia de política exterior, la voluntad de forjar una alianza con Gran Bretaña— no se cumplieron, o se dejaron directamente de lado, con Hitler en el poder. Lo que sí se mantuvo fue el carácter de Hitler, y sus creencias, expresadas de una forma tan poco ambigua que todo lector atento se habría dado cuenta, a grandes rasgos, de qué pensaba hacer y cómo quería gobernar si se le presentaba la ocasión. En los primeros años de la posguerra fue muy habitual ofrecer la excusa de que, aunque el libro se había vendido extraordinariamente bien, casi nadie se había molestado en leerlo; pero se trata a todas luces de una simple excusa. En la

práctica, los propagandistas nazis lo repitieron y citaron hasta la saciedad, pero además —mientras hubo prensa libre en Alemania, hasta 1933— los grandes periódicos del país lo analizaron y comentaron a menudo y con frecuencia por extenso.³¹

Entre las muchas funciones que cumplió *Mein Kampf* en el momento de publicarse estuvo la de defender la pretensión de Hitler de liderar la ultraderecha nacionalista de Alemania, por la vía de proyectar una doble imagen de sí mismo, como pensador y como hombre de acción. Durante su ausencia forzosa de la política, entre 1924 y 1926, Hitler no dedicó un minuto a reconciliar a las facciones enfrentadas que ocuparon el vacío. Antes al contrario, favoreció la competencia por el poder, con la expectativa de que ninguno de los grupos de la extrema derecha sería lo suficientemente fuerte como para resistírsele cuando regresara; esta técnica la utilizó también entre su propio cuadro de liderazgo, y con gran efectividad, durante el Tercer Reich.³² En los dos años posteriores a haber recuperado la libertad, no obstante, reunificó el Partido, que refundó formalmente a principios de 1925. No tuvo escrúpulos en utilizar a las SA para asaltar e intimidar a los rivales del ámbito de la extrema derecha, irrumpiendo en sus mítines e instándolos a unirse a él.³³ A otros rivales, reales o posibles, los anuló dejándolos en la marginalidad; el ejemplo más notable fue el de Ludendorff, al que instó a presentarse a las elecciones presidenciales del Reich, en 1925, con la plena conciencia de que el general apenas obtendría un puñado de votos y, con ello, quedaría condenado a la irrelevancia política. Además Hitler puso especial empeño en extender el alcance del Partido Nazi, desde la base de Baviera hasta el centro y el norte del país. En estas regiones se encontró con un «nacionalsocialismo» distinto, de una índole más izquierdista y anti-capitalista. Para atraerse hacia sus filas a sus principales defensores, Joseph Goebbels y Gregor Strasser, recurrió al encanto personal; y tras reconocer el talento de Goebbels para la propaganda, y de Strasser para la organización, les otorgó a ambos responsabilidad sobre los ámbitos correspondientes de las actividades del Partido. Ninguno de estos líderes abandonó por completo sus puntos de vista —lo mismo sucedió con Gottfried Feder, otro representante de la «izquierda nazi» a quien cabe atribuir en gran medida las cláusulas económicas del Programa que el Partido había presentado en 1920—, pero perdieron mucha influencia, y más desde el momento en que Hitler estaba redoblando los esfuerzos para atraer hacia su causa a la comunidad empresarial.³⁴